Concursos Participativos 2019

PREMIADOS

La creatividad de los estatales

Vol. 3

COLECCIÓN
UPCN EN LAS LETRAS

UPCN
UNIÓN DEL PERSONAL CIVIL DE LA NACIÓN

Primera edición
Marzo 2020

Premiados
Vol. 3
"***La creatividad de los estatales***"

*Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
el almacenamiento en sistema informático y la transmisión
en cualquier forma o medio electrónico, mecánico,
por fotocopia, por registro o por otros métodos,
así como la distribución de ejemplares mediante alquiler
o préstamo público sin el permiso previo y
por escrito de los titulares del Copyright.*

Impreso en Argentina
por UPCN
24 de noviembre 493 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina

Hecho el depósito que dispone la ley 11723

Premiados 3 / Lucas Yañez ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
UPCN- Unión Personal Civil de la Nación, 2020.
88 p. ; 23 x 16 cm. - (Premiados / Manauta, Leticia; 3)

ISBN 978-987-1506-39-2

1. Literatura Argentina. I. Yañez, Lucas
CDD A860

Concursos Participativos
2019

PREMIADOS

La creatividad de los estatales

Vol. 3

COLECCIÓN
UPCN EN LAS LETRAS

Prólogo

Cada prólogo es una apuesta a la reafirmación de nuestra política cultural que incluye la participación de los trabajadores y trabajadoras del Estado Nacional en los Concursos participativos "Antonio Porcelli 2019".

Este libro nos toca una fibra muy íntima de nuestra identidad, de nuestra fidelidad a nuestras y nuestros maestros, aquéllos que nos marcaron el camino como peronistas y como sindicalistas.

La temática de estos Concursos en cuento y poesía fue:

"Eva Perón" en homenaje al **Centenario de su Nacimiento** y esto motivó y puso en evidencia: *"la creatividad de los estatales".*

Llegaron muchos poemas para la inolvidable Evita, y también gran cantidad de cuentos a partir de la motivación **"Los únicos privilegiados…"**

La mujer que nos marcó un camino a partir de la Ley 13.010 del voto femenino; y como consecuencia de ello el organizar a las compañeras para que salieran a sembrar a los cuatro puntos cardinales la importancia de la participación política de las mujeres, sus famosas "censistas"; de crear el Partido Peronista Femenino para facilitar la inserción en la política real de las mujeres, para que se sintieran libres de opinar y organizarse.

Ella es la que dio herramientas de contención a las más humildes, entregándoles las máquinas de coser enviadas también de Norte a Sur y de Este a Oeste, para que pudieran ganarse la vida sin abandonar a sus hijos.

A las muchachas pobres que se venían a trabajar a Buenos Aires, les abrió "los Hogares de Tránsito" y "la Casa de la empleada" para que no sufrieran coerciones ni abusos.

La que pensó en los niños y en la alegría de sus ojitos cuando llegaran para Reyes las muñecas, las pelotas de fútbol, las bicicletas…"*no mirados los juguetes detrás del vidrio sin poder alcanzarlos".…*

Y después llegarían las colonias de vacaciones de Córdoba y Chapadmalal para que pudieran conocer el mar y las sierras.

La "Ciudad de los Niños" que era una forma de despertar, en edad temprana, la conciencia de ciudadanía y el amor a la Patria.

La que creó los "Torneos Evita", que además de su dedicación, al deporte, se podían detectar y prevenir enfermedades.

Y pensó en los viejos, los descartables, según palabras de nuestro Papa Francisco, y allí vinieron los derechos de la ancianidad, los "Hogares Modelo" para los ancianos que no tuvieran familia, las prótesis dentales gratuitas que distribuía desde la Fundación.

Todo eso está relatado en este hermoso libro, en los cuentos y poemas que recibieron reconocimientos y menciones.

Esa mujer que junto a ese hombre formaron algo más que una pareja y un matrimonio, que construyeron un país real con más justicia, con más soberanía.

En una palabra, dejaron inscripto su amor en el corazón del pueblo y las banderas de la justicia social en las luchas que siguieron por más dignidad, más derechos, más equidad.

Por eso esperamos que lo lean, que los emocione, y sigan creando y participando para que podamos editar otros libros que afirmen y confirmen la creatividad de los estatales.

Secretaría de Cultura y Capacitación
Unión del Personal Civil de la Nación
Seccional Trabajador@s Públicos Nacionales y del GCBA

CONCURSOS 2019

CATEGORÍA CUENTO

I
Primer Premio - Cuento
Título de la obra: "Mujer en la brisa"
Autor: Iván Guede Santos
Delegación RENAPER

II
Segundo Premio - Cuento
Título de la obra: "Yotivenco Club de Fútbol"
Autor: Lucas Yánez
Delegación RENAPER

III
Tercer Premio - Cuento
Título de la obra: "La familia del Herrero"
Autor: Sergio Soto
Delegación RENAPER

IV
Primera Mención Especial - Cuento
Título de la obra: "Luz de esperanza"
Autora: Claudia Beatriz Silvo
Delegación ANDIS

V

Segunda Mención Especial - Cuento

Título de la obra: "El ángel"

Autor: Marcelo Scanu

Delegación ANSES

VI

Primera Mención - Cuento

Título de la obra: "La sonrisa del otro"

Autor: Nicolás Alberto Ballester

Delegación Min. Interior

VII

Segunda Mención - Cuento

Título de la obra: "Un lugar donde los únicos privilegiados fueron los niños"

Autora: Alicia Coscia

Delegación SENAF

VIII

Tercera Mención - Cuento

Título de la obra: "Monona y Barbarita"

Autor: Gustavo Ramón Fernández

Delegación Defensoría del Pueblo

IX

Mención del Jurado - Cuento

Título de la obra: "Floreal Avellaneda, el nieto del río"

Autor: Numa Atahualpa Fernández

Delegación Min. Desarrollo Social

Jurados

Flavia Helguero

Noelia Capello

Osvaldo Luis Sixto

Primer Premio - Cuento

Mujer en la brisa

Iván Guede Santos
Delegación RENAPER

Apenas puso un pie arriba del micro, aquella mañana gris de julio de 1952, Santino contuvo la respiración. Todo el grado ya se había acomodado en los asientos. A él le tocaba sentarse en el último vacío; precisamente, al lado de Eva. Esa morochita de ojos achinados lo tenía loco desde que había entrado al cuarto grado a principios de año. Había llegado del interior a Buenos Aires con su familia porque su papá había conseguido trabajo de operario en las afueras de la Capital. La llamaron Eva, contó ella alguna vez, en honor a la famosa actriz que luego se casaría con el General, y por eso la maestra Silvia la tenía entre sus preferidas. Y ahora en el micro, Santino tenía por primera vez la oportunidad de hablar con ella. Porque si bien la amaba desde el primer día, nunca le había hablado, culpa de su timidez. La excursión a la República de los Niños les llevaría todo el día, y Santino se prometió que para la noche, al volver, ya la habría conquistado.

El micro arrancó, todos gritaron y aplaudieron. Santino, en cambio, tambaleándose entre los asientos, miró receloso unas nubes violetas que se asomaban al fondo de la calle. Preocupado, rogó que no lloviera antes de terminar el día.

Cuando se sentó junto a Eva oyó las risas de sus compañeros, pero no le importó. Se había cansado de nunca hablarle. Esta vez iba a ser distinto. Sentada contra la ventanilla, Eva apenas lo miraba. Él soñaba con agarrarle la mano y sentirle la sangre latir entre los nudillos, pero un rato después, cuando el micro ya había tomado el

camino a La Plata, los únicos nudillos que Santino apretaba eran los suyos, en sus propias manos entrelazadas.

Promediando la mañana, la República de los Niños apareció al final de la avenida. La maestra Silvia infló el pecho y dijo que allí estaba el gran parque que el General y Evita le habían regalado a todos los chicos del país. Evita, Eva, pensó Santino, esa mujer de los libros que se llamaba igual que su morochita.

Había oído hablar de ella. Era la mujer del presidente y, decían, había enfermado de cáncer. Santino había oído varias veces a su mamá rezar por ella. Y él, aún un poco confundido, rezaba también y pedía que esa mujer se salvara porque no quería ver sufrir a su madre. En la escuela la habían estudiado con los ojos siempre llenos de brillo de la maestra Silvia, parecía ser el tema que a la maestra más le gustaba enseñar. Pero había algo que Santino aún no entendía. Si acaso esa mujer era buena, ¿por qué los vecinos de al lado, los Doria, la odiaban al punto de festejar a los gritos el día que en la radio anunciaron su enfermedad? Que viva el cáncer, habían gritado los Doria.

El micro estacionó en la entrada del parque, todo el grado bajó y se formó en fila. Varones por un lado, mujeres por el otro. Santino se las arregló para quedar otra vez pegado a Eva. Ella lo miró.

–¿Vos nunca hablás? –dijo con su vocecita fina del interior.

Y la mañana cambió para siempre.

Porque Santino estuvo con ella en la entrada al parque, cuando alumnos de decenas de colegios entraron por la avenida principal hacia las casas gubernamentales y los juegos, hacia el comedor y la fuente, el puente de cascadas y el lago. Y sí, la lengua de Santino se había destrabado. Ahora le hablaba a Eva de su madre que vivía sola con él, del calor que había hecho ese verano, de helados y tortas y cualquier cosa que se le viniera a la cabeza. También le habló de lo graciosa que se veía ella cada vez que la cargaban por llamarse Eva igual que la esposa del General. Le dijo que ella ponía cara de enojada y eso a él le parecía

muy gracioso, aunque, en realidad –no se lo dijo–, le parecía irresistible. Y ella respondía a cada comentario de él con exagerado interés, exclamando y suspirando, y Santino inventaba nombres de árboles y de plantas y asentía cómo si supiera de lo que hablaban la maestra y el guía cada vez que mostraban algo del parque. Por un momento Santino se preguntó adónde había quedado su timidez, pero el solo recordarla lo ponía triste, y ya no quería volver a ser aquel chico callado y solitario, casi desconocido para el resto de la clase.

Después del almuerzo en la plaza principal recorrieron la Casa de Gobierno, la Capilla, el Palacio de Cultura y el Banco Infantil. En cierto momento Santino sintió la mano de Eva rozar la de él, y durante un rato no pudo concentrarse en nada del recorrido, intentando dilucidar si el roce había sido intencional o si fue sin querer. Solo necesitaba una muestra más de acercamiento para lanzarse definitivamente por ella, tan seguro se sentía, tan brillante la tarde a pesar de las nubes que poco a poco oscurecían el cielo. Una oleada de truenos sonó a lo lejos, y aunque la tormenta pronto llegaría, aún había tiempo, aún había esperanza.

Pero todo se complicó cuando entraron en la Legislatura y se cruzaron con un colegio de uniforme. Los chicos de ese colegio llevaban pantalón largo gris y suéter azul con escudo, y las chicas el mismo suéter pero terminado con una pollera. Uno de los chicos en particular, alto de pelo castaño caído sobre los ojos azules, llamó la atención de Santino. Aquel grandote no dejaba de mirar a Eva. Toda la alegría de Santino de pronto tambaleó. ¿Qué pasaría si ella se fijaba también en el grandote? Seguro se la robaría, pensó Santino, tanto esfuerzo que le había costado, tan poco le había costado al grandote.

El grandote se separó de su grupo y se acercó a Diego Ruiz, el más bajito del grado de Santino. Lo golpeó y le sacó un tubito de billetes que Diego Ruiz había estado mostrando orgulloso a sus compañeros. Diego era tan chiquito que apenas si pudo defenderse. Solo atinó a quejarse con sus compañeros, pero ninguno lo ayudó a

recuperar el tubito porque los de la privada se formaron en bloque y los miraron mal. Entonces los de la privada se fueron y pronto la noticia corrió por todo el grado. Cuando el recorrido siguió, atravesando el Palacio de Justicia y la Estación de Bomberos, ya nadie prestaba atención a las explicaciones de la maestra Silvia ni a las del guía. Las caras de tristeza de los varones solo eran tapada por el murmullo de las mujeres, que decían que había que recuperar el tubito de billetes, que no podía ser que nadie hubiera defendido a Diego Ruiz. Ni siquiera la maestra Silvia se había tomado en serio el asunto, y algunos dijeron que había tenido miedo de enfrentar al celador de la privada.

–Yo también creo que fue injusto –dijo Santino; se moría por saber qué pensaba Eva del grandote que la había mirado tanto–. Esos de la privada son unos ladrones.

–Vos tampoco hiciste nada para defender a Diego –dijo Eva apenas moviendo los labios, y Santino casi se sintió morir de la vergüenza.

Durante las horas siguientes no pudo volver a hablarle, y cada vez que él la buscaba con los ojos ella miraba para cualquier parte. Y para empeorar las cosas, los imbéciles de la privada se pasaron la tarde desprendidos de su celador, deambulando por el parque como una horda mostrando el tubito. El tubito de dinero pasaba de mano en mano cada vez que la horda aparecía delante de Santino y sus compañeros. Y aunque Santino hubiera dejado que se pasearan con su trofeo por el resto del día, hubo un instante en el que el grandote de la privada le tiró un beso a Eva, como si no le importara que todos lo vieran, y Santino de pronto tuvo una sola idea en la cabeza: tirársele encima al grandote y molerle la cabeza a patadas.

Si alguien lo hubiera detenido, otra hubiera sido la historia de aquel día gris de julio de 1952.

Pero ni los propios compañeros de Santino podían creer que el calladito de la clase ahora se le tiraba encima al grandote e intentaba

darle trompadas en la cara, trompadas que ni siquiera lo rozaban al grandote, y para cuando se dieron cuenta de que había que ayudar a Santino, él ya estaba en el piso recibiendo las patadas de todos los de la privada con sus suéteres con escudo. Y entre los gritos de la maestra Silvia y las corridas de los guías del parque que intentaban meterse entre el tumulto apareció la cara hinchada de Santino, que miraba a Eva y parecía sonreírle, y cuando los de la privada dejaron de patear, Santino entonces le guiñó un ojo a su morochita y levantó el puño tembloroso, apretando fuerte el tubito de dinero.

Sus compañeros gritaron de alegría, festejaron, Santino se levantó de un salto y corrió a través de los jardines y del lago hasta la avenida principal, y sus amigos lo siguieron y cuando se dieron cuenta de que ya no había peligro se escondieron en la Casa de Gobierno.

–¿Dónde está Eva? –preguntó Santino con la boca todavía hinchada.

Afuera hubo un relámpago.

–La perdimos cuando salimos corriendo –dijo uno.

–Seguro se quedó con la maestra Silvia –respondió otro, mientras el resto rodeaba a Diego Ruiz, que revisaba su tubito de dinero y echaba miradas de agradecimiento a Santino. ¿Pero qué sentido tenía todo aquello si había perdido a Eva? Tenía que ir a buscarla. Quizá los de la privada se la estuvieran agarrando con ella.

Y pronto Santino se dio cuenta de su error: apenas puso un pie afuera del edificio los de la privada se le tiraron encima, le inmovilizaron los brazos y las piernas y aunque usó toda su fuerza por liberarse se dio cuenta de que esos grandotes tenían demasiada fuerza y ya no podía escaparse. Santino gritó, los de la privada lo cargaron y corrieron y llegaron al puente sobre el lago, donde pusieron escoltas en cada orilla.

–Devolvenos la plata o te matamos –dijo el grandote.

–Yo no la tengo, infeliz –dijo Santino, forcejeando entre los demás.

El grandote lo abofeteó.

–No te hagás el machito –le dijo, y levantó la mano para darle otra trompada.

Pero la piña nunca llegó. A un lado y al otro del puente aparecieron los compañeros de Santino gritando, gritaban ¡que lo suelten!, ¡déjenlo ir!, y aún fue más el estupor de Santino y de sus captores cuando vieron que ya no eran solo los amigos de Santino quienes pedían por él, sino que los chicos de los otros colegios se habían sumado y también pedían por el prisionero, como si la historia del héroe que había enfrentado a los bravucones se hubiera esparcido por todo el parque. Algunos estaban tan enardecidos que ya se habían sacado los zapatos y ponían los pies en el lago para nadar hasta el puente, pero se detuvieron ante la lluvia de piedritas de los senderos que empezó a caer sobre las cabezas de los de la privada. No tuvieron más opción que correr a ambos lados del puente y escapar entre el tumulto, entre los aplausos y los gritos de emoción de la multitud. Santino bajó del puente muerto de cansancio y con la sensación amarga de estar casi, casi feliz.

Todavía le faltaba ella. ¿Dónde se había metido?

–Allá la tenés –le dijo Diego Ruiz, y señaló a Eva al final del sendero de piedritas que subía hasta la Capilla.

Ella le tiró un beso y corrió de vuelta hacia el grupo de las chicas.

Al anochecer, volviendo en el micro, Santino volvió a sentarse al lado de Eva. Esta vez ella lo había invitado.

–Mi papá dijo que quizás el año que viene nos volvemos a vivir al pueblo –dijo Eva a mitad de camino, cuando ya diluviaba.

–¿Y vos qué le dijiste? –preguntó él, y al pensar que ella quizá se iría de la escuela pensó que no podía haber en el mundo nadie más linda que su morochita del interior.

–Yo quiero quedarme –dijo ella–. Me gusta estar acá, me gusta estar con vos.

Y Santino tuvo la extraña sensación, por primera vez en su vida, de que todo estaba bien.

Pero cuando cerca de las nueve de la noche llegaron a la puerta del colegio, con una garúa helada que volvía tristes los charcos iluminados de la calle, todos bajaron del micro y a medida que se encontraban con sus familias se iban enterando de la noticia: la esposa del General había muerto. El cáncer había ganado.

–¡Santino! –llamó su mamá bajo el tinglado de la puerta del colegio.

Él corrió hasta ella y la abrazó. Su mamá lloraba y repetía el nombre de Eva. Santino pensó que sus vecinos, los Doria, probablemente estuvieran festejando. Y por entre los brazos de su madre vio cómo Eva se iba con su familia, el papá cruzándole el brazo por la espalda, tapándola de la lluvia, el hombre que quizás al año siguiente se la llevaría de nuevo al interior.

El colegio terminó, Santino entró al secundario y tiempo después consiguió trabajo en las oficinas del correo. Tuvo algunas relaciones esporádicas, una y otra vez fallidas, hasta que se cansó de intentar.

El recuerdo de su chinita atravesó los años, siempre acompañándolo como un tibio suspiro.

Y luego, como un viejo sueño, la olvidó.

El resto de los años los pasó solo, la hora de jubilarse le llegó sin darse cuenta, y resignado se dedicó a deambular por la calle como quien no tiene nada que hacer. Sabía que había olvidado algo, pero ya no recordaba qué era.

Y luego una tarde, sentado en la puerta de su casa, el viento le arrastró hasta sus pies un billete doblado. Era uno violeta, de los de

100. Lo atrapó entre las manos y cuando sus dedos rozaron la tinta áspera del billete, volvieron a su cabeza las imágenes de aquella tarde gris de 1952 en el parque, y la cara de su morochita otra vez en su memoria le trajo una brisa suave de otoño, y todo su cuerpo se entibió al sentir que la abrazaba. Y aunque a veces hubiera necesitado gastarlo, guardó en su mesa de luz como un tubito el billete con la cara de Eva.

Y ya no la olvidaría.

Segundo Premio - Cuento

Yotivenco Club de Fútbol

Lucas Yáñez
Delegación RENAPER

¿Conocen un conventillo por dentro? Los conventillos suelen estar uno al lado del otro. Sus accesos son pasillos largos, oscuros y húmedos que, en al final de su recorrido, se abren en anchos, luminosos y húmedos patios. Los observadores curiosos se preguntan si este hecho de que los pasillos se abran al mismo tiempo y en un mismo lugar no es un desafío hacia la física, por eso de que dos cuerpos no pueden ocupar un mismo espacio.

Los patios de los conventillos suelen estar superpoblados de pibes que gritan detrás de una pelota.

Los conventillos son bulliciosos.

Los habitantes de los conventillos destinan una importante porción de sus jornales al pago de las piezas de los conventillos.

Los conventillos son un gran negocio, para los dueños de los conventillos.

En un barrio, de cuyo nombre no quiero acordarme, en un conventillo como cualquier otro, hace años, el tiempo se detuvo. Los rayos de sol quedaron atravesados en la ropa que colgaba de las sogas. El silencio se apoderó del patio. Los pibes dejaron de correr detrás de la pelota. Se habían quedado mirando un punto en el cielo. El punto se acercaba hacia donde estaban los pibes. A medida que se acercaba, se iba haciendo más grande. Cuando estuvo a la altura del campanario

de la iglesia y se transformó en una esfera del tamaño de un pollo chico, como los que vendía don Lorenzo en el mercado frente a la plaza, los pibes recuperaron el movimiento. Hicieron una ronda alrededor de donde calcularon que iba a caer y comenzaron a sacudirse, golpearse, empujarse para tratar de llegar a la esfera, antes que el resto.

Por entre la maraña de piernas se coló una muy flaquita, con la media baja y antes que la esfera alcanzara a tocar las baldosas del patio, de una volea la mandó hasta la entrada del patio. Todos los pibes salieron corriendo detrás de la pelota. El más flaquito quedó atrás de todos. Pero como es sabido que los últimos serán los primeros, quedó en primera fila cuando el resto de los pibes se pararon en seco y se abrieron a los costados, como cediéndole el paso.

Cuando la limosna es grande, el santo desconfía, pero al flaquito no le alcanzó el tiempo para desconfiar y su santidad estaba en duda desde que hacía más de un mes que no se confesaba con el padre Toño, así que ya se imaginaba llegando antes que el resto de sus compañeros a la pelota. En eso andaba, pensando qué jugada podía hilvanar, cuando tuvo que frenarse de golpe para no chocar con una mujer grandota, de pollera y saco oscuros, con una blusa blanca con volados que sobresalían del pecho, haciéndolo más voluminoso. Traía un collar de perlas que daba varias vueltas alrededor de su cuello y toda la figura estaba coronada por un sombrero que, a los ojos de los pibes, parecía enorme.

La mujer, con un movimiento increíblemente ágil, había embolsado la pelota; esquivó al flaquito con un salto hacia la izquierda y, extendiendo la pelota delante de sí con ambos brazos, le dio tal patada, que volvió a surcar el cielo pero esta vez para no volver.

–Les tengo prohibido que jueguen a la pelota en mi patio –dijo la mujer con un acento que no era de ese barrio, mientras se acomodaba un mechón de pelo bajo el ala del sombrero.

Los pibes siguieron con la vista la trayectoria de la pelota hasta

que desapareció por completo. Entonces fueron volviendo la cabeza hacia donde estaba la mujer. Ninguno se atrevió a cruzar la mirada con ella. Un murmullo comenzó a crecer entre sus filas. Casi imperceptiblemente el murmullo encontró destinatario en el flaquito. Por si no hubiera quedado claro, una mano anónima lo empujó al centro de la escena, entre ellos y la mujer.

El flaquito, entre la alternativa de ser chivo expiatorio o héroe, asumió el carácter de vocero de su tribu.

–Disculpe, doña, pero nos colgó la pelota –balbuceó.

–En primer lugar, no soy doña. Y en segundo, cada vez que los encuentre jugando en el patio, les va a pasar lo mismo.

–Pero… Estamos entrenando. Sí, entrenando. No estamos jugando por jugar.

–Es lo mismo.

–No. No es lo mismo. ¡Vamos a competir!

–¿Competir? ¿Ustedes? –la mujer estalló en una carcajada que rebotó en las paredes de chapa del conventillo, se elevó al cielo y, en el camino, ahuyentó a unas palomas que estaban posadas en una canaleta de desagüe.

La risa de la mujer hizo correr un escalofrío por entre los pibes. El flaquito lo sintió, pero ya estaba jugado.

–Sí, en el torneo infantil que organiza la Fundación Eva Perón.

Con sólo escuchar ese nombre la mujer cesó en su risa.

–La Perona… –dijo con los dientes apretados. –¿No se dan cuenta que los está usando? ¿De verdad se creyeron ese cuento de que son los únicos privilegiados?

El flaquito dio un paso adelante, como para afirmarse antes de responder, pero no fue necesario porque toda la tribu se le fue al

humo a la mujer. Era como cuando el referí no cobra un faul alevoso y se acerca al lesionado con la tarjeta amarilla en la mano. Todo el equipo salta para señalar la injusticia que se está por cometer. La mujer decidió que lo mejor era ignorarlos; hacer lo que había venido a hacer a esa orilla de la Ciudad y luego marcharse hasta el próximo mes.

–¡Vamos, vamos! ¡Taza, taza, cada cual para su casa! Vayan avisando en las piezas que llegué a cobrar los alquileres. Ya perdí demasiado tiempo con ustedes.En quince minutos quiero la platita. Aquéllos que no hayan pagado van a recibir la notificación de mis abogados.

Entre oración y oración, la mujer tenía que empujar a alguno de los pibes que volvía a la carga con algún argumento: "que quién se creía que es"; "que no nos puede tratar así"; "que tenemos nuestros derechos"… Y a cada empujón de la mujer, los pibes volvían a acometerla, a rodearla, a hacerla girar sobre sí misma, a hacerla trastabillar, a forzarla a manotear una soga para evitar la caída, una soga donde estaban colgadas diez camisetas, diez camisetas a bastones verdes y rojos, diez camisetas y un buzo azul que, por tener que sostener el peso de la mujer, terminaron en el piso mojado del patio del conventillo, pisoteados por los zapatos con tacos de la mujer, que ahora intentaba afirmarse sobre la tela que supo brillar al sol y ahora se tornaba opaca, como las aguas que corrían por las cañerías del viejo conventillo.

La conmoción fue tan grande que la mayoría de la tribu no atinó a nada. Sólo un par de pibes se apuraron a levantar las camisetas para intentar salvarlas del desastre. Uno de ellos, movido vaya a saber por qué resorte, levantó una de las camisetas por encima de sus hombros y así la sostuvo para que todos en la tribu la vieran. Para que todos sintieran la afrenta en carne propia. Para que todos se encendieran en el fuego sagrado del fanatismo. Hacía pocos días que los pibes habían recibido el juego de camisetas de propias manos de empleados de la Fundación Eva Perón. Junto con ellas, una nota les deseaba suerte en la competencia y los exhortaba a dar el máxi-

mo de los esfuerzos, tanto en la cancha como en la construcción de una Patria Justa, Libre y Soberana. La nota, breve pero contundente, terminaba con un "cariñosamente, Evita". Y ahora resultaba que una integrante de la raza de los explotadores se atrevía a pisotear esas camisetas que no sólo estaban hechas para jugar a la pelota. Porque para la tribu, esas camisetas venían a cubrir una desnudez de derechos que se remontaban hasta el origen de los tiempos. Cada uno de ellos, al salir a la cancha con su camiseta, estaría diciendo, aunque no dijera nada, "yo soy", pero también, "yo fui". Y todos los que estaban en ese momento en ese patio de un conventillo, sintieron que les habían pisoteado el presente y que les habían pisoteado el pasado y que era necesario lavar la afrenta para que no les pisotearan el futuro. Así era que el agua necesaria para lavar las camisetas, para quitar de ellas las pisadas de la oligarquía, debería venir de una tormenta como no se había visto nunca. Una tormenta que hiciera empalidecer de miedo a Gilgamesh, a Deucalión y a Noé juntos. Una tormenta que ellos mismos provocaran.

Los pibes de la tribu formaron una ronda. Dentro de la ronda, se enfrentaron la mujer, la dueña del conventillo, y el flaquito, el que fue capaz de alzar la voz por todos ellos. La mujer dio un paso adelante, hacia donde estaba el flaquito. A su turno, el flaquito dio un paso adelante, en dirección a la mujer. Se sucedieron los pasos, uno a uno, hasta que ambos estuvieron frente a frente. Como con las camisetas, con el último paso, la mujer pisó al flaquito. Y entonces sonrió. Y llamó a unos oficiales de la marina de guerra que estaban en el puerto cercano al conventillo. Y los sumó a su equipo. Y luego fue el turno del flaquito, que miró también al puerto y vio a unos obreros que cargaban bolsas sobre sus hombros. Y los llamó. Y uno de los pibes les dio una camiseta para que se pusieran. Y entonces quedaron de su lado. Y la mujer recordó a unos parientes que tenían campos con trigo y ganado. Y los llamó a su equipo. Y el flaquito llamó a los peones que trabajan en el campo de los parientes de la mujer. Y otro de

los pibes les entregó la camiseta. Y la mujer acudió a los prestamistas y banqueros. Y el flaquito llamó a las enfermeras del hospital de niños, que lo cuidaron cuando lo operaron de apendicitis. Y la mujer quiso contar con ayuda divina, y llamó al obispo. Y el flaquito llamó al padre Toño. Alertados por el llamado de un vecino, que se quejaba de los ruidos que salían del conventillo, llegaron el comisario y los oficiales principales. La mujer, ni lerda ni perezosa, los convocó a su lado. También llegaron las maestras de la escuela número 10, preocupadas porque los pibes no asistían a clases. Y ellos les ofrecieron su camiseta. La mujer estaba convencida que tenía la razón y recurrió a los académicos. El flaquito era un lírico empedernido y llamó a los poetas.

Cuando la mujer no supo a quién más llamar y a los pibes se les acabaron las camisetas, alguien, tal vez el linyera que duerme en la plaza, trajo una pelota.

Dicen que el partido todavía se está jugando. El equipo de la dueña del conventillo apela al juego brusco, al roce y al desgaste. Cuando alguno de los pibes está tirado, tratan de aprovechar para volver a pisarle la camiseta.

Pero, de vez en cuando, el equipo del flaquito arma una jugada colectiva, abre la cancha; todos participan en el juego; tocan, tocan y tocan; alguien pica en profundidad y tira el centro para que otro se la mande a guardar a la dueña del conventillo y a los dueños de todas las cosas; la pelota besa la red y en el patio de un conventillo cualquiera, en un barrio de cuyo nombre no quiero acordarme, un grupo de pibas y pibes grita un gol tan, pero tan fuerte que el grito parece un trueno que anuncia una tempestad capaz de lavar cualquier injusticia.

Tercer Premio - Cuento

La Familia del Herrero

Sergio Soto
Delegación RENAPER

El calor. No me acuerdo tanto de todos los detalles de ese verano y aunque tendría que tenerlos más presentes, la mayoría se me pierden. Sea por opción personal o por omisión sentimental no logro recordar ciertas cosas que deberían estar grabadas en la memoria. No recuerdo haber visto ninguno de los cachetazos que el herrero le daba a mi mamá… me acuerdo del chasquido, profundo y seco, pero no de verlos. Me acuerdo que no había gritos, ni previos de furia, ni posteriores de dolor. Solo el chasquido. Y con eso ya sabíamos que no teníamos que volver a entrar a la casa por un buen rato. Hiciese frío o calor, como el de ese verano, nos teníamos que quedar jugando en silencio, porque ahí se acababan las risas y los llantos, los saltos y las corridas. Ahí nos paralizábamos como si nos hubieran pegado con un látigo invisible…

Pero no me quiero ir del tema. El calor. En esa época las mediciones las hacían solo en la capital o en las ciudades más grandes, pero donde vivamos no había un registro muy claro. Incluso mis nietos me muestran que los diarios de Internet te dicen que la temperatura record fue de esto o de aquello... Pero nadie te puede decir que pasaba de verdad en esos pueblitos tan alejados. Nosotros sí sentíamos el calor, y era mucho más violento que esos números que dicen ahora. A veces escuchábamos en la radio que se venían unos días de lluvia que iban a bajar la temperatura a partir de la noche y con mis hermanos ya nos poníamos contentos desde que bajaba el sol. Pero

llegaba la luna, la oscuridad, el hambre; pero el calor no se iba. En esa época se comía a la mañana, al mediodía y se rapiñaba algo por la tarde (por lo general robado de la verdulería-carnicería-despensa de Doña Etel, que de tonta no tenía nada y que cada vez que veía que nos acercábamos miraba para el otro lado y nos dejaba hacer).

Es la última vez que me voy de tema, al menos por propia voluntad. Años después de todo, un mediodía me tocó volver al pueblo, ya asfaltado y con una casa de dos pisos y no muchas más novedades, y me di el gusto de pasar a ver a Doña Etel. Cuando vi la verdulería-carnicería-despensa-y-ahora-mercería abierta, no pude evitar pasar a ver. La que calculo que debía ser la nieta de Etelvina me invitó a pasar con una sonrisa. Excepto por algunos tablones con chucherías de costura, el lugar estaba igual. Me preguntó qué se me ofrecía y no terminé de preguntar por la dueña que, desde el fondo de la tienda, en el único lugar donde pegaba la sombra, ella me contestó. No lo podía creer. Si yo estaba viejo ella estaba… antigua. En el mejor de los sentidos. Como algo frágil, casi eterno y sabio. Estaba acurrucada y sonreía. Igual que su nieta. No tuve que presentarme. Le pregunté como estaba. Me dijo que vieja. Y un poco cansada. Trajimos algunos fantasmas a la conversación, de los buenos, de los que nos traen aromas y evitamos a los malos, a los que traen hedores. Y nos despedimos. Cuando llegué a la puerta, me guiñó un ojo, muy despacito, tanto como los cansados párpados se lo permitieron, y desvió la mirada. Sin pensarlo, casi por inercia, le robé una manzana. Y me fui. Acordándome de ese verano. Y de ese calor infernal.

El sol quemaba, la tierra quemaba y apuesto que hasta la sombra quemaba. Pero igual los hijos del herrero jugábamos en el patio… Aunque en casa todo era patio, del arroyo hasta la ruta recién asfaltada, de la puerta de entrada hasta la plaza. No había muchas casas alrededor de la nuestra, y me consuela pensar que por eso no se enteraban de lo que pasaba puertas adentro. Aunque le vieran los moretones a mamá en la iglesia, aunque la escucharan a mi herma-

na volver llorando desde la escuela… Por eso nadie nos defendía. Porque ninguno sentía lo que el herrero le hacía a su familia detrás de las cortinas. Porque vivían lejos. No por estúpidos o por cobardes. Porque no sabían.

Parece como si a propósito me pusiera a divagar sobre el calor, porque es lo que más me acuerdo. Y porque los demás detalles son demasiado dolorosos. Y me parece a la vez tan lejano, escribiendo sentado a metros del aire acondicionado. Debe ser por eso que me cuesta tanto entrar en la genealogía, porque los extraño. Pero bueno, ahí vamos.

Éramos yo (el burro por delante), el herrero, mamá, el abuelo (que vivía a unas cuadras) y mis hermanos: Martina, Raúl, Marcelo, Marcos y María Eva (también conocida en ese entonces como la bebé). Todos más chicos que yo. Todos muertos.

No quería sonar tan trágico, pero a veces las cosas son como son, y andarle con poesía por alrededor no va a hacer que sean menos dolorosas. Y quiero creer que para los que sobrevivimos a ese verano la vida no fue tan triste después de todo. Hubo hijos, sobrinos, nietos y hasta un bisnieto… Pasaron esposas y maridos.

Martina, o la Gorda, era la más grande después de mí y ese verano tenia once años, uno menos que yo. Era peleona, valiente y justiciera. No le tenía miedo a nada. O a casi nada. Decir que cualquiera de nosotros no le teníamos pánico al chasquido del herrero sería mentir. Creo que la gorda incluso le tenía miedo al tronido del martillo contra el yunque. Por eso solíamos jugar tan lejos de la casa. A ella hasta le gustaba ir a dormir la siesta debajo de un árbol cerca del arroyo los días de mucho trabajo. Se llevaba su almohada y una sabanita si hacia frío, y cada vez que volvía con las cosas llenas de pasto mamá las lavaba sin chistar. El día que todo empezó, fue la primera en darse cuenta cómo habían pasado las cosas. Fue la que nos explicó qué había pasado con la bebé, que no había sido un accidente.

Y que se había dado cuenta de todo por la cara del herrero. Le creímos todos, sin dudar ni un segundo.

Aunque ella era la que se había dado cuenta de todo, ella no fue la del plan. Ese fue Raúl, su mellizo. Era el que más leía, de hecho, era el único. No porque no supiéramos sino porque no nos gustaba. Pero a él le encantaba. Si Martina se refugiaba en el arroyo, Diego lo hacía en la bibliotequita de la escuela. Lo apasionaban todos los libros. De botánica, de misterio, de ficción o históricos. Largos, cortos. Un día llegó a leernos una poesía hasta que Marcelo lo escuchó y lo persiguió al grito de mujercita por todo el patio, ese patio inmenso que a veces terminaba en un arroyo y otras en una biblioteca.

Marcelo era el malo. No malo-malo. Malo de tonteras, de ahogar hormigas, de tirar de las orejas y dar patadas. Me acuerdo que con tres años menos que yo, me hacia la vida imposible y como mamá me había enseñado que no se le pega ni a los más chicos ni a las mujeres, yo lo dejaba. Lo corría hasta que lo alcanzaba y me acuerdo que me ponía los brazos en jarra y me preguntaba que qué iba a hacer. Siempre me amenazaba con contarle a mamá si le hacia algo (ni en chiste se le ocurría amenazar con contarle al herrero), pero igual nunca le pegué. Y aunque fue el único que vio lo que hice ese verano, nunca lo contó. Ni a mamá, ni a Marcos, que aparte de su hermano era su mejor amigo.

Marcos lo adoraba. Tenía seis años y una fascinación por los demás. Me acuerdo que le decíamos el nene espejo. Como Marcelo era el que más se le acercaba en edad, era con el que más tiempo pasaba. Hablaba como él, se movía como él y le festejaba cada pequeña maldad. Pero hacia lo mismo con Raúl, cuando lo acompañaba a la biblioteca y se quedaba a su lado haciendo que leía su cuento de Hansel y Gretel ilustrado. O hasta con Martina, con la que se pasaban horas tirándole piedras al arroyo. Era bueno, como todos mis hermanos y nunca estuvo celoso de la bebé, incluso cuando dejó de ser el más chiquito de la familia.

María Eva fue la última en llegar. Y la primera en irse. El verano del calor, cuando yo tenia trece, ella tenia solo dos años. Y nunca tuvo más. Era gorda como su hermana mayor. Y alegre. Y rosa. Si los espíritus fueran de colores el de ella hubiera sido rosa. Ese rosa apagado pero alegre, de tapa de libro de novela de amor. Ese rosa de mejillas tímidas, ese rosa de atardecer triste. O no.… Tal vez haya sido de un rosa furioso, de berrinche. Pero cada vez que la recuerdo me pongo melancólico y capaz que eso hace que el color de sus mejillas se me desdibuje en la memoria.

Y esto nos lleva al último miembro de la familia del herrero. El abuelo. Me lo guardé para el final porque es el que supongo que la pasó peor. No es como si se pudiera medir el dolor como si fuera el clima. Es una sensación tan subjetiva y propia que muchas veces es hasta difícil de explicar y no soporta ningún tipo de barómetro más que el de cada uno. Puede ser como tener una cruz de madera astillada sobre la espalda, o como tener un cuervo de plomo rasgándote el pecho desde adentro. En lo que a mi respecta él se llevó lo peor. Él fue el que cargó con la culpa. Fue el que fue preso, para terminar ahorcándose en una cárcel del sur. Es que cubrir el asesinato de un hijo no es para cualquiera, incluso si ese hijo era un monstruo como el herrero.

Mamá soportó todos los cachetazos y los abusos. Y también lo hizo Martina. Sabíamos que estaban por ahí, desagradables, dañinos y asquerosos. Ninguno decía más de lo que podía soportar, pero se sentían. Y daban vergüenza. Y daban bronca. Por eso, lo que vino después de lo de María Eva no fue justicia. Fue venganza. Pero no una venganza egoísta, como suelen ser las venganzas. Fue por ellas. Para que no tuvieran que volver a sufrir la bestialidad del herrero.

Todo fue confuso y repentino. Un día nos fuimos al colegio y cuando estábamos volviendo, Doña Etel nos esperaba a los cinco en la puerta de casa, sentada en el zaguán, fumando con manos temblorosas y una sonrisa tranquilizadora. Mamá estaba tan golpeada que se tuvo que ir a dormir a su casa y ahí nos quedamos con ella, varios días.

María Eva yacía bajo uno de los martillos del herrero. Un accidente dijo mamá. Un accidente dijo el herrero. La policía le creyó. Pero Martina no. Y el abuelo tampoco, porque el día que volvimos con mamá a casa, lo teníamos viviendo con nosotros, durmiendo en un viejo sillón que trajo de su casa, a la intemperie, debajo de un toldo que daba al fondo del terreno. Mamá se curó, al menos en lo físico. Y para cuando las cosas se normalizaron un poco, casi a fines de ese verano, el herrero se empezó a poner más violento con Martina. Le daba unos golpes que ni el abuelo lograba parar por más palabras tranquilizadoras que dijera. Y pasaban más cosas, de las cuales prefiero no hablar, por lo que los cuatro varones nos turnábamos para nunca dejar sola a nuestra hermana. El herrero pocas veces nos levantaba la mano, y casi nunca nos pegaba. Los hombres lo amedrentaban, por eso el abuelo pensó que podía vivir un tiempo con nosotros para apaciguar las aguas. Viviendo una vida casi de perro, comiendo las sobras de lo poco que había y descansando afuera.

El detonante, si no fue la muerte de María Eva, fue la sangre. Un día volvíamos del colegio y Martina tenia los pantalones manchados de sangre. Otra vez el refugio fue la casa de Doña Etelvina, que se la llevó al baño y la ayudó a limpiarse. Los cuatro varones nos quedamos en la sala de estar, donde una radio emitía un discurso. Una señora gritaba que en la nueva Argentina los únicos privilegiados eran los niños. Miré las caras de tristeza de mis hermanos y supuse que esa premisa debería de funcionar mejor en las ciudades grandes. Acá, en el medio de la nada, los niños éramos menos que nada. Esa misma tarde, los hijos del herrero nos sentamos en círculo junto al arroyo.

La idea de Raúl era simple. Emborrachar al herrero al mediodía (cosa que era difícil porque vivía trabajando en la forja de sol a sol y tomaba hasta dormirse cuando estaba en la casa) y empujarlo al fuego (cosa que era más difícil, porque era inmenso). La primera parte la teníamos cubierta, porque Etel tenía guardado en la cocina de su casa algo que nosotros solo habíamos visto de lejos. Hielo. Lo había visto

ese mismo día, y aunque seguro se le había ocurrido usarlo ese mediodía, la idea de deshacerse del herrero no era nueva en su cabeza.

Cada uno tenía una misión, chiquita pero vital. Marcos se encargó de conseguir el hielo. Se pegó por un par de días a Doña Etel, preguntando por el oficio de tendero hasta que logró llegar a la cocina sin que fuera raro y le pudo robar medio balde de trozos de hielo.

A Martina le tocó la parte más asquerosa: llevar la damajuana de vino y un jarro de hielo bien grande al mismo infierno. Se sentó arriba de una de las mesas y con la sonrisa más triste del mundo le fue sirviendo vaso tras vaso de vino con pedazos del hielo, que el herrero solo probaba en las navidades en las que Etel lo compartía con el barrio. Rezaba porque no se derritiera tan rápido. Soportar los tronidos desde tan cerca debe haber sido lo peor. Cuando lo vio medio dormitando, salió apurada y sin mirarnos, se apresuró al arroyo donde la esperaban Raúl y Marcos.

A Marcelo y a mí nos tocó la parte física. Entramos juntos, caminando rápido, uno al lado del otro y la idea era empujarlo entre los dos al fuego que crepitaba en la fragua, inmensa y ardiente como el mismo herrero. Cuando nos vio venir, entendió todo. Se movió a los tumbos y me empujó al suelo. A mi hermano lo agarró del cuello y lo levantó en el aire. Pataleaba furioso, tratando de respirar mientras el monstruo trataba de no caerse y de agarrar su martillo. Traté de empujarlo a la fragua, pero era como tratar de mover una montaña. El calor era agobiante, tal vez por eso no sentí como se me quemaba la mano cuando saqué un atizador filoso del fuego y se lo enterré entre las costillas al herrero, llenándome de la sangre, que no era otra que mi misma sangre.

Lo soltó a Marcelo, que cayó al piso y se quedó mirando cómo el gigante de delantal sucio y ya con el martillo en la mano se tambaleaba, cayendo arrodillado frente a nosotros. Muerto antes de que su cara tocase el piso de tierra. Salimos despacio, Marcelo rengueando

y yo mirándome las manos llenas de sangre. En la puerta estaba el abuelo, con la cara más serena que haya visto en mi vida. Nos pidió que corriésemos a nadar al arroyo. Que nos quedásemos todo el día si era posible. Le hicimos caso. Después de un trote corto me giré y lo vi arrodillado junto al cuerpo de su hijo, embadurnándose las manos con sangre, que era su misma sangre. Me di vuelta y apuré el paso. Por segunda vez, la policía volvió a creerse las mentiras de la familia del herrero.

El calor nunca volvió a molestarme de la misma forma. Nunca lo sentí tan agobiante como ese verano. Ni siquiera al año siguiente, cuando dejé la escuela para hacerme cargo de la fragua. Cuando dejamos el hogar de tránsito para mujeres de la capital, para volver al pueblo, al hogar. Allí aprendí el oficio y conservé por años la herrería. Para mantener a mi familia. Y para no olvidar lo que había hecho.

Primera Mención Especial - Cuento

Luz de esperanza

Claudia Beatriz Silvo
Delegación ANDIS

Matilde es una señora de 40 años, de cabello largo, castaño, y se peina con una trenza que la hace parecer más joven de lo que es. Va siempre vestida con jeans y zapatillas de lona, preferentemente negras, y lleva consigo una sonrisa de oreja a oreja. Está casada, tiene cuatro niños y un día decide ir a visitar a su familia a un pueblo llamado Piedra Buena, en la provincia de Tucumán, lindante con Santiago del Estero. Es un pueblo de calles de tierra, casas humildes y gente sencilla. Más allá de las cartas y los llamados telefónicos, no tenía contacto directo con su grupo familiar de origen desde hacía 20 años. La casa de su familia estaba justo enfrente de la plaza principal. Era una familia muy reconocida en el pueblo, dado que participaban activamente de las actividades sociales y políticas de la comunidad.

A los 20 años había decidido viajar a Buenos Aires a procurarse su independencia económica, porque en aquella época, y aun hoy, era difícil conseguir trabajo. La mayoría de quienes viven en su pueblo son empleados públicos, o bien crían ganado porcino y como la tierra no es muy fértil, siembran y ruegan poder cosechar lo sembrado. La mayoría de los hombres que buscan conseguir una entrada económica parten a diferentes lugares de la provincia o a otras provincias como “trabajadores golondrina” y participan de las diferentes cosechas; y, con suerte, algunos envían dinero a sus esposas, parejas e hijos. Las mujeres y los niños sobreviven como pueden, y con la ayuda social que reciben del municipio o del gobierno provincial. Matilde

piensa que algunos tienen la posibilidad de nacer en cuna de oro y otros en Piedra Buena.

Mientras Matilde inicia su viaje de regreso a su provincia natal, sus recuerdos la llevan al momento en que decidió partir hacia Buenos Aires. Ella se encontraba sin trabajo y por meses su familia solo comía una vez al día. Su madre era ama de casa y su padre, empleado público con un sueldo mínimo. Era uno de los privilegiados que tenía un trabajo fijo en el pueblo, con un ingreso insuficiente para cubrir las necesidades de toda su familia. Entonces le dieron permiso a su hija para viajar a Buenos Aires. Su abuela paterna se había contactado con una amiga en Buenos Aires para que Matilde pudiera trabajar en su casa. La joven preparó su valija con la ropa que lavó y remendó su madre, sus hermanos pequeños le hicieron unos dibujos para que no los olvidara y su padre le dio un bollito de billetes de poco valor. Era lo que podía darle, lo único que tenía. Nadie durmió en la casa esa noche. A la mañana temprano salía el tren. La alcanzaría hasta la estación un amigo de su padre en un auto destartalado. La ansiedad hizo que llegara antes y eso le dio el tiempo suficiente a su papá para abrazarla, sin palabras; ambos en silencio miraban las vías del tren y se les caían las lágrimas. Ya nada sería igual.

Una amiga de su abuela, de nombre Virginia, la esperaba para trabajar como empleada de servicio doméstico en González Catán, partido de La Matanza. Virginia era una señora afectuosa y muy charlatana. Al poco tiempo de iniciar su trabajo, su panza se empezó a notar y su embarazo irrumpió en la casa donde trabajaba como una sorpresa. Matilde temió perder el trabajo. Virginia solo le dijo que siguiera trabajando, que no se preocupara y que iba a ayudarla con la crianza de su hijo. Era una mujer sabia, ya había pasado sus propias experiencias y, en lugar de endurecerla, su capacidad para amar estaba intacta. Solo le preocupaba si Matilde iba a poder salir adelante. Ella ya vivía sola, había criado a sus hijos, su esposo había fallecido y disfrutaba de las reuniones con sus amistades y de las visitas de sus

hijos y nietos. Era de esas personas que después de una cierta edad comprende que la vida solo valía disfrutarla.

Matilde ya tenía su cuarto en la casa y Virginia la ayudo a comprar una cuna, un roperito y la ropa de Lucia. Así se llamó la pequeña. Matilde siempre recuerda ese momento, sintiendo cómo la suerte estaba de su lado; porque muchas mujeres en su condición eran despedidas y en la calle sufrían los peores horrores. Siguió trabajando en la casa. Y cada vez que venía el sodero, sentía un cosquilleo en la boca del estómago y sabía muy internamente que se había enamorado. Hasta ese momento ella no conocía el amor, porque su embarazo había sido producto de un abuso, de quién sabe quién, y quedará como esos dolores del alma. Solo ella lo sabe.

Mateo se llamaba el sodero, con quien primero se puso de novia, con el apoyo de Virginia, que le dijo: "Es un gran hombre, Matilde. Lo conozco de chiquito. Si lo amas, va a ser un gran compañero". Mateo no solo se enamoró de la belleza de Matilde, sino también de su fortaleza. Al poco tiempo se casaron y formaron su propia familia. La pequeña Lucia sabía que él no era su papá biológico. Pero Mateo amó a Lucia y a sus otros tres hijos sin ninguna diferencia, priorizando el origen y la identidad de Lucia. Matilde y Mateo rompían los esquemas de la familia tradicional. Ambos trabajaban, cuidaban de sus hijos y compartían tareas. Ambos sabían de la importancia de su presencia ante sus hijos: Lucia, Daniel, Antonella y Gisela. En tanto, Mateo sufría las cargadas de sus amigos y compañeros de trabajo; le decían que era un sometido, un "pollerudo" y cosas por el estilo. Él sabía que era un hombre con todas las letras, y un gran padre; que sus hijos, para él y para su esposa, eran los únicos privilegiados.

Matilde regresa de sus recuerdos cuando ya está ingresando a la terminal de ómnibus de la provincia de Tucumán. Al bajar del micro y dar los primeros pasos, se cruza con un chico que vendía colitas para atar el cabello, otro que vendía tortas fritas y uno que lustraba zapatos. No pudo dejar de pensar en la suerte que tienen sus hijos

o en la injusticia que sufren estos niños que tienen que vivir así, sin infancia, sin juegos, sin estudios y que tienen que estar trabajando para llevar el pan a su casa. Ese pensamiento se interrumpe con el alboroto de los abrazos y besos de sus padres, hermanos y sobrinos. Todos las fueron a esperar. Y de ahí se trasladaron a su casa de origen. Como en toda familia tucumana, la mesa es larga y está llena de comida. Todos contribuyen para que así sea. Sobre la mesa había locro, tamales, bollos de chicharrón, empanadas, y de fondo se escuchaba el sonido de una guitarra.

Matilde jamás dejó de ayudar a su familia; y si algún vecino tiene algún problema, en González Catán, su lugar de residencia actual, suele organizar todo tipo de eventos para quien lo necesite. Matilde es muy querida por su familia y en todo Piedra Buena, un lugar pequeño pero inmenso en el corazón de Matilde, porque allí fue violada. Después de eso, pensó que jamás iba a volver a ser mujer. Y, a su vez, es el lugar donde nació; y pesaron en la balanza los mejores recuerdos de su infancia y su adolescencia para decidir regresar.

¿Si perdonó? No. Aprendió a ser fuerte y a no perder su amorosidad. Por ella, por Lucia, Daniel, Antonella y Gisela, y por su esposo Mateo. Matilde es así, todo corazón, todo empuje. Milita porque sabe que donde hay una necesidad nace un derecho; esa es su ideología de vida y reconoce que no hay muchos Mateos que sean como el suyo, "compañero, cómplice y todo".

Volviendo a esa mesa donde era recibida por su familia, hay allí una señora sentada con sus cinco hijos. Tanto ella como sus hijos están muy flacos, sus ojos hundidos, tristes. Eran cuatro varones y una nena, de nombre Sol, de 6 años de edad. La señora se acerca a Matilde y le suplica si puede hacerse cargo de su hija, porque sus hijos tenían más posibilidades de conseguir trabajo que Sol. Matilde le ofrece su ayuda para que pueda quedarse con todos sus hijos. La madre, firme, le contesta: "Amo a Sol y sé que usted la puede ayudar. Merece una vida mejor".

Matilde llama por teléfono a Mateo y le cuenta lo sucedido. Mateo la escucha e íntimamente sabe que su esposa ha tomado una decisión. Matilde y Sol toman el micro de regreso a Buenos Aires. Antes de irse, su mamá biológica le regala una flor de papel y en sus pétalos estaban escritos los nombres de todos sus hermanos, y en el medio el nombre de ella. Prevalece la emoción y la amorosidad de ambas. Sol, tan chiquita, internamente sabía que esa distancia con su madre y hermanos no sería definitiva. Se acurrucó en la falda de Matilde y le dijo "Te amo", y luego se durmió durante todo el viaje. En González Catán, Sol fue recibida por Mateo y sus nuevos hermanos con gran alegría. Mateo había organizado todo para que Sol sintiera que esa casa era su hogar. Siempre fue la mimada por ser la más pequeña, comenzó a estudiar y su sueño era ser abogada; su familia siempre se reía porque ella salía en defensa del más desprotegido.

Pasaron ya más de 20 años. Sol se recibió de abogada y mientras estudiaba y trabajaba, les mandaba plata a su madre y a sus hermanos, al igual que Matilde lo hizo en su momento. Sol ama y es inmensamente feliz con Matilde y Mateo, sus padres del corazón. Ya todos sus hermanos formaron sus propias familias. Sol pudo ayudar a cada uno de sus hermanos biológicos y ya todos están viviendo en Buenos Aires. Sol milita políticamente, al igual que Matilde. Es peronista y se siente inmensamente agradecida a la vida porque es una privilegiada, por tener dos madres que la ayudaron a ser quien es. Y le agradece a Mateo, su papá del corazón porque está en los detalles, en esos, que parecen imperceptibles y a ella la llenan el alma. Recuerda que él pintó una cama y una mesita de luz de color rosa y aunque ya pasaron 20 años todavía siente el olor a pintura, porque ese olor la remite el amor de alguien que sin conocerla le daba la bienvenida.

Sol aspira a que todos sean privilegiados. Es una defensora de los derechos humanos y aprendió de Matilde a no bajar los brazos, a ser solidaria, a ser una luchadora. Desea que Matilde sea visible a los ojos de muchos, porque hay muchas Matildes que, al igual que ella,

asumen compromisos ante la vida y tendrían que hacerse visibles a los ojos de toda la humanidad. Y ella sueña con que eso sea posible. Trabaja en un comedor de Oro Verde, en La Matanza; allí ayuda a preparar la comida, da clases de apoyo escolar y, a su vez, tiene su propio estudio jurídico, que logró establecer con la ayuda de su numerosa familia. Ella es una privilegiada y tiene la firme convicción que es derecho de cada ser humano vivir con dignidad. No es un privilegio; es un derecho.

Matilde se encuentra sentada junto a Mateo tomando unos mates en el fondo de la casa. Él la observa con el mismo amor y admiración que el primer día y ella, a su vez, piensa que los proyectos de vida se lograron a través del compañerismo, la solidaridad, el respeto y el amor mutuo. Su pensamiento se interrumpe con el sonido del teléfono, es Sol que los llama para recordarle de una actividad solidaria donde Mateo tiene que hacer los choripanes y Matilde las empanadas tucumanas. Sol los llena de energía. Matilde jamás imaginó que ese regreso a Tucumán iba a generar una revolución de luz en su vida. Sol es la más parecida a ella, es esperanza en acción. Se puede considerar una mujer agradecida, feliz y empoderada, logrando a su vez a través de sus actividades solidarias como militante junto a Sol y su familia, empoderar al que más lo necesita, siendo los más vulnerables los únicos privilegiados.

Segunda Mención Especial - Cuento

El ángel

Marcelo Scanu
Delegación ANSES

"Era la hora de la misa. Final de tarde sofocante. El ruido llegó sin aviso. Con murmullo. Desordenado de campanas. Todo estremeció en un solo sacudón. Sorpresa y gritos. Sofocados de polvo y tierra..."

Extracto del poema de Antonio Gabriel Guzzo
sobre el terremoto del 44.

....

"Todo lo que me acuerdo es malo, feo. Yo he visto como se abría la tierra, como morían todos, el miedo persiste. Sigo sintiendo miedo. Cuando empieza a temblar, siempre trato de disparar. Salgo corriendo aunque me recomienden que no lo haga, que es más seguro quedarse en la casa".

Edith Guajardo, de 88 años. Sobreviviente
a los 75 años del terremoto del 44.

....

Edith jugaba con su amiga esa noche calurosa y seca, típica del desierto donde se asienta San Juan. Las niñas de 13 años reían mientras recordaban anécdotas de la escuela y trataban de prolongar su esparcimiento evitando empezar con su tarea, fin real del encuentro. No pudieron dejar de hablar de los chicos que les gustaban, aunque para ello bajaron la voz porque su hermano mayor rondaba por ahí y las ventanas estaban abiertas tratando de recibir alguna ráfaga de

aire menos caluroso. Sin embargo el sol cuyano caló hondo en los adobes, enquistándose en la humilde casa de Concepción. De pronto la puerta comenzó a moverse, primero tímidamente, como empujada por alguien. Las amigas imaginaron una chanza del hermano pero pronto el movimiento resultó de una violencia inusitada. Todo comenzó a moverse y el pánico se apoderó de aquellas pobres almas. Eran las 20.49 de un fatídico día, el ángel de la muerte segó con su guadaña miles de vidas, lacerando la tierra. Ni siquiera los difuntos del cementerio se salvaron, en una suerte de segunda muerte los esqueletos y cajones cayeron de las bóvedas conformando un paisaje dantesco y apocalíptico.

Las niñas, aturdidas por el sacudón y enceguecidas por la polvareda, salieron de la casa destruida saltando por los escombros, mientras gritaban los nombres de sus seres queridos. Para empeorar la situación el cielo se nubló y comenzó a llover. La oscuridad era total, luego se enterarían que un empleado de la compañía de electricidad la cortó evitando incendios. Reencontrándose con su padre y hermano salvaron a su madre, atrapada en una acequia y corrieron dos cuadras hasta la casa de su abuela. Todos resultaron ilesos, un milagro. Sin embargo, en ese corto trecho conocieron el infierno. El barrio era irreconocible, las casas colapsaron sobre sus moradores. Los sobrevivientes cavaban con sus manos siguiendo los quejidos y los gritos de dolor. Muertos y heridos se apiñaban en las calles, madres corrían con sus hijos inertes en brazos. La tierra se agrietó, de algunos lados brotaba agua caliente de las entrañas de la tierra. La noche transcurrió entre llantos y lamentos.

La luz del amanecer permitió percibir el tremendo daño causado. El noventa por ciento de la ciudad estaba arrasada, parecía una urbe bombardeada de Europa la cual atravesaba en ese momento la Segunda Guerra Mundial. Las constantes réplicas sísmicas producían zozobra, el hedor a muerte se sentía en el ambiente. Las comunicaciones no existían y la gente deambulaba por la zona tratando de adivinar dónde estaba su vivienda y sus seres queridos. Algunos dejaban mensajes escritos con tiza o carbón avisando que estaban

vivos y donde se encontraban. La iglesia de la zona colapsó durante un casamiento, falleciendo al instante el cura y la pareja en esas tragedias inexplicables. La familia de Edith no pudo ubicar la tumba del hermanito fallecido un mes antes, mientras tanto se llenaba una gran fosa común con los recientes difuntos, tratando de evitar las enfermedades. Las víctimas sumarían 9000 almas, muchos quedarían huérfanos siendo trasladados a Buenos Aires.

Los recuerdos de esos días aciagos quedaron marcados a fuego en todos los sobrevivientes. Con las manos desnudas sacaban los escombros tratando de salvar la mayor cantidad de vidas posible. Los muertos se apilaban en carretas para terminar en las fosas comunes. Se hizo de esto una visión normal, los cadáveres andrajosos y descalzos se sumaban. El Hospital Central de Mendoza se inauguró antes de tiempo para recibir a las víctimas. Los sobrevivientes terminaron durmiendo un tiempo en unas carpas improvisadas enfrente a la escuela normal devenida en un hospital improvisado. La quietud de la noche era quebrada por el llanto de los recién nacidos, el susto producto del sismo en las embarazadas, las hizo parir antes de tiempo.

....

Buenos Aires se sintió consternada por la tragedia. El Luna Park se vistió de gala para recaudar ayuda para la provincia cuyana. En un mágico instante, Perón conoció a Eva y la historia se sacudió. El amor comenzaba. Conmovida, la joven actriz, casi por su cuenta viajó a San Juan en un avión que trasladaba médicos. Quería ver con sus propios ojos las consecuencias del terremoto y de esa manera tomar una impresión de primera mano para poder ayudar mejor a sus hermanos. El azar o el destino o quizás ambos, la llevaron a conocer a esa niña adolescente sin casa. Sus vidas se entrelazaron por un instante. Edith se encontraba en el tumulto de gente cuando Eva se acercó a ella al ver su rostro compungido. Muy delicadamente le acarició la mejilla limpiándole las lágrimas de sentimientos encontrados, emoción por la escena y dolor por lo vivido. “Mi ángel...” dijo la recién llegada,

abriendo el diálogo con la pequeña criatura que se movía como una hoja al viento. A su vez Edith pensaba que ella era un ángel, su dulce mirada y cariñosos gestos así la describían. Venciendo su timidez, le pudo contar su suplicio. Le describió el terremoto, el dolor, la destrucción de su casa y del negocio familiar. Sus necesidades fueron oídas y un beso selló la promesa de conseguirle un nido a esa trabajadora familia. Seguidamente se anotaron los datos en una planilla y los sueños quedaron asentados en el papel. La familia, que se negaba a abandonar su querida provincia natal, comenzó a tener esperanza.

Con los fondos recolectados y ya siendo Perón presidente y Eva primera dama se comenzó la reconstrucción. Varios barrios se levantaron, muchos tomaron el nombre de los chilenos muertos en el accidente del avión que traía ayuda trasandina. El más bello, con viviendas tipo californiano y estructura sismo resistentes además de jardín, huerto y frutales llevó por mucho tiempo el nombre de Barrio Eva Perón, luego cambiado por Villa América. Edith y su familia recibieron una de estas viviendas, hecho que les produjo una alegría indescriptible siendo este un nuevo comienzo para ellos. En 1949 arribó nuevamente Evita, ahora acompañado por Perón. Recorrieron todas las obras, el dique nivelador, el Hospital Rawson y los barrios. Hicieron formal entrega de las viviendas en el estadio de la ciudad donde se habían concentrado 60 000 almas. La Abanderada de los Pobres reconoció a su ángel y se fundieron en un abrazo, tan fuerte y sentido, imborrable hasta el final de sus días. Una nueva vida daba comienzo, un nuevo porvenir asomaba.

En 1950 Eva regresa, por última vez... Este viaje resultaba difícil de hacer pues despedía a un gran amigo y peronista, el gobernador Ruperto Godoy, fallecido 5 días después de asumir su segundo periodo de un ataque al corazón fulminante. Evita no se separó de la viuda, la abrazó en todo momento compartiendo ese terrible dolor. Edith la vio, de lejos, sin siquiera pensar en que sería la última vez.

Nadie imaginaba el final adelantado de tan bella mujer, joven y llena de vida en ese momento.

Ese 26 de Julio de 1952, toda la familia escuchó la noticia del paso a la inmortalidad de su heroína, el llanto desgarrador se apoderó de todos. La enfermedad les había arrancado a su querida Evita. El hermano de Edith, circunstancialmente en Buenos Aires por designios del destino, pudo hacer la larga cola y dejarle una flor. Acongojado, se alejó del lugar entre lágrimas, debajo de la pertinaz lluvia. La familia erigió un pequeño altar, con la foto de ella joven y bella, fuerte y cálida como la recordaban. Todos los días le prendían una vela, todos los días la recordaban. Dentro de sus corazones siguió viviendo, su recuerdo siguió imborrable, fuerte e indestructible como esa bella casa que los protegió de los inevitables terremotos de la inestable región cuyana, cuna de gente curtida y peronistas de ley.

Primera Mención - Cuento

La sonrisa del otro

Nicolás Alberto Ballester
Delegación Min. Interior

Fabián tenía fama de valiente, de zarpado incluso. Nadie pensaba que pudiera tener tantos miedos.

Si les preguntas a sus amigos del club incluso podrían llegar a describirlo como temerario, "un guerrero" que se lleva todo por delante: jugadores, piedrazos, banditas de otros barrios.

Pero una cosa era estar en medio de la cancha a plena luz del día y otra muy distinta (se estaba dando cuenta) era estar allí en la oscuridad de su cuarto, en ese estado previo a caer rendido en el sueño, ese momento tan vulnerable y algo consciente de tu inconciencia y... Que alguien grite, patee o lo que para él era peor: llore, gima, sufra tanto y sin razón aparente.

Era tanto el miedo que le generaba la situación que no llegaba a escuchar de qué trataban los gritos y cuál era su mensaje si es que lo tuvieran.

Llegó a sentir terror de tener que irse a dormir, no por el cuarto en sí (que tenía humedad, el techo algo caído, pero él sabía por experiencia propia que se podía estar peor) no tanto por la oscuridad, sino por esos gritos. Y no, los gritos no eran del más allá, no sospechaba de fantasmas o monstruos porque él sabía a ciencia cierta de dónde venían los gritos. Esteban, su hermano pequeño tenía el sueño muy liviano: "hablaba dormido" decían sus padres. "Mentira" pensaba Fabián: grita, araña y patalea ¡pero no "habla"! No encontraba nada en

la actividad nocturna de su hermano que lo ayudara a tranquilizarse y las explicaciones que sus padres improvisaban a las corridas entre un trabajo y otro no lo calmaban.

"Es normal" "No pasa todas las noches" "Tampoco es tan fuerte".

No. Sí. Y sí.

Ninguno de sus amigos tenía que soportar algo así… aunque … soportaban otras cosas, padrastro borracho, dormir en la cama con cuatro hermanos… cada uno tenía sus ruidos molestos. Se preguntaba a veces si alguno era tan angustiante como los que hacía su hermano.

Ellos por suerte tenían una casa con paredes de ladrillos, lo que era excepcional en la zona, el padre además tenía trabajo (tres distintos en realidad) lo que tampoco era tan común. Como su madre le decía todo el tiempo: renuncio a los honores pero no a la lucha. Fabián no podía evitar pensar que él no había renunciado a nada… y la lucha no era una opción pero algo de esa frase le transmitía el optimismo típico de su madre. Cansada y corriendo pero siempre intentando un abrazo, una caricia para los que la rodeaban.

Durante el día le parecía a Fabián que Esteban era todavía más raro: casi no emitía sonido, tenía ataques de violencia cuando alguien hablaba muy fuerte, o demasiado bajito, no miraba a los ojos a nadie, jamás sonreía y le tenía asco a las pelotas (si, las de plástico, comunes). Según Fabián les había entendido a sus padres, no era algo que Esteban hiciera a propósito por gusto o maldad sino que tenía una especie de enfermedad…y su cuerpo funcionaba distinto que el del resto de las personas. Por eso no se lo podía retar cuando se portaba mal, por ejemplo, no era a propósito… aunque él sospechaba algo de mala intención, pero esa era sólo su opinión.

Fabián no se ocupaba mucho de su hermano en general, no era necesario tampoco, sus padres vivían pendientes de él. Llevándolo todo el tiempo a la salita del barrio, (se golpeaba mucho), hospitales,

kinesiólogos y hasta curanderos. Antes, cuando había, a los programas de día para que tuviera alguna actividad. Ahora no había ya casi ningún lugar al que poder llevarlo y Esteban se ponía cada vez más insoportable de día y sobre todo de noche.

La verdad que nunca se había ocupado mucho de su hermano, no le daban muchas ganas… ¿para qué? parecía que igual no registraba nada. En los últimos tiempos se habían cortado las actividades gratuitas y Esteban estaba más en la casa, pero él trataba de evitarlo todo lo que podía.

Lo único que lo hacía tener a su hermano presente en su mente casi diez horas del día, eran esas otras horas que pasaba tratando de dormir en el mismo cuarto en que Esteban gritaba y lloraba sin importar el horario.

Trataba de encerrarse en el cuarto que compartían a escuchar música. Aprovechaba los momentos en que no había nadie en la casa, para imaginar que era un forajido, un cowboy, o uno de esos como los de la Casa de Papel, alguno con vida libre y aventurera. Ponía todo tipo de músicas a un volumen muy fuerte y se tiraba en la cama a soñar despierto. Muchas veces se quedaba dormido porque solía vivir con sueño ya que pasaba la mitad de las noches en vela, tenso y expectante por el ruido sucedido o el ruido por suceder.

Pero pasó que una de esas veces en que se encerró con su música, su hermano estaba en la casa. Su padre le había avisado que se iba y los dejaba solos. Pero él no solía escucharlos, ya que en general le estaban siempre hablando de Esteban y estaba harto de ese tema constante y único.

La puerta del cuarto se abrió y Fabián, que estaba medio dormido, abrió los ojos rápidamente al ver que su hermano entraba al cuarto con una mirada rara... encendida. Esteban se situó en el medio del cuarto y empezó a realizar pequeños saltitos, siempre iguales, uno

y otro... y otro... Fabián que no quería excitarlo (para no sufrir las consecuencias de las explosiones que podía llegar a tener su hermano) se paró rápidamente y apagó la música.

Esteban empezó a gritar como nunca. Fabián se despabiló completamente y con su mejor cara de bronca intentaba dilucidar qué quería su hermano. Pero si algo no tenía Esteban era registro de lo que provocaba o posibilidad de interacción así que siguió gritando, y gritando. Fabián en cámara lenta, muy atento a la reacción del otro se sentó en el piso para tratar de tocarlo, mala idea, volvió a la cama, y por fin, en un acto más desesperado que sabio volvió a poner la música con un movimiento brusco de descarga.

Y Esteban volvió a saltar. Y no gritaba.

Los dos hermanos se quedaron un largo rato en esa actividad casi compartida, con uno transpirando como loco y el otro respirando tranquilo por primera vez en mucho tiempo. Se podría decir que los dos estaban disfrutando.

A Fabián le pareció incluso que Esteban saltaba al ritmo de la música, y no sabemos si lo quiso imaginar pero él afirma que vio sonreír a su hermano, lo que por algún motivo lo hizo dormir a él mucho mejor esa noche, con gritos y todo.

Segunda Mención - Cuento

Un lugar donde los únicos privilegiados fueron los niños

Alicia Coscia
Delegación SENAF

Me voy a presentar. Soy el alma de un lugar donde se impartía cultura a los jóvenes y niños, todo tipo de cultura, la de todos los días, la que da la experiencia, aquélla tan simple que muchos la desconocen y no se dan cuenta de que es cultura, también la otra la que está en la historia, la literatura, y en las grandes obras y todo tipo de cultura que te puedas imaginar, como la del amor por tus semejantes o las de los cuentos de hadas.

Hoy me encuentro, casi abandonado, solo me acompañan unas pocas personas que todavía creen en un renacer. Está por comenzar el invierno, para mí la época más nostálgica, entonces comienzo a recorrer mis calles vacías, por si no te dije tengo una superficie de varias hectáreas.

Me acompañan las hojas, el viento, los árboles tristes me saludan como preguntándome: ¿Cuándo volverán los niños a jugar con nosotros?, Y así me voy, mirando paso a paso, lentamente, miro las paredes despintadas, adornadas con musgos y hongos, los techos rotos, por donde penetran los pájaros a construir sus nidos, la gran torre de la chimenea, por donde ya no sale humo, otra gran torre, acuna un tanque de agua vacío, en los edificios que son casi diez, ya no hay voces ni ruidos ni sombras ni luces ni risas, tan solo el eco de mis recuerdos.

La escuela ya no agita su bandera, los bancos están rotos por el desuso, la campana ya no suena, solo ha quedado un gancho del

que colgaba, alguien se la robó. El hospital con su sala de primeros auxilios está callado, ya no hay enfermos ni médicos ni enfermeras ni nada, solo un edificio vacío.

La pileta de natación está llena de agua sucia, solo se bañan en ella las lagartijas y ranas, ya no hay cantos ni risas como antes.

La panadería, la herrería, la carpintería, la zapatería ya no funcionan, las máquinas fueron vendidas por un señor de aspecto importante, que un día atravesó mi cuerpo y decidió desactivarlo, porque no convenía tener una institución tan grande, lo mejor era desmantelarme y vender todas mis posesiones al mejor postor.

Así fue como pronto desaparecieron los niños y todo el personal, también las maquinarias y todo lo que se podía llevar y me fui quedando solo, aunque en el edificio de la Administración, todavía me quedan unos amigos, que me recorren y dan fuerza.

No hace mucho tiempo llegó a visitarme un ingeniero, comentó que algunas autoridades habían cambiado, y que había propuesto mi reactivación. Esto me puso muy contento y pensé en que mis paredes serían nuevamente acariciadas por las manos de los niños, cuánta cosquilla me hacían y cómo me gustaba oír a las maestras enseñando historia, para mí eran como grandes aventuras. Y cuando con las ramas de mis robles les servía de hamaca o escondite, qué divertido. O cuando con mi hospital podía curar las heridas del cuerpo, qué feliz me sentía al sentir reír a un niño de nuevo.

Poco después, de esta conversación se puso en funcionamiento el tambo, ya que por mis verdes entrañas corretean ciento treinta vacas lecheras, un toro y algunas vaquillonas. Así es como vino a vivir Don Francisco y su familia. Don Francisco es tambero y él es quien limpió y reactivó las máquinas del tambo, las cuales por suerte no se habían llevado.

Con lo que se recauda del tambo, después de sacar el sueldo de Don Francisco, se compran alambres, tornillos, herramientas, lamparitas, pintura y muchas otras cosas. Con las cuales estas personas, que están conmigo, han comenzado curar algunas de mis heridas, a reparar los postes caídos, a tapar alguna herida que me han hecho los pájaros a picotazos y el tiempo inexorable que nunca deja de pasar. Claro que a las autoridades no les importa esto, por lo cual ni siquiera me conocen o se acercan a ver quién soy yo, quién fui, alguien donde se podía aprender y encaminar la vida de un joven, cuántos hombres buenos han podido construir sus familias gracias a las enseñanzas que recibieron aquí y hoy me ven con lágrimas en los ojos por lo que fue y tanta falta hace ahora. Quisiera abrazarlos y darles las gracias y decirles "no pierdan la fe, adelante, no declinen mis jóvenes, yo los espero"

Pero hoy estoy con el corazón agrandado, porque tengo esperanza porque pienso que alguna vez algunos de estos señores inversores recuerden que "los primeros en una época siempre fueron los niños" y no lo negocios millonarios que benefician a unos pocos que no necesitan ese beneficio, pues no les alcanza una vida entera para gastarlo. Será que alguna vez puedan entender que el futuro de un lugar, de un territorio, de un pueblo o de todo un país son los niños, que es necesario una reactivación para volver a ser útil, que así cobijaré, curaré, acompañaré y enseñaré, y yo que creí que había perdido todo, hoy me doy cuenta de que aún tengo esperanza, que tengo amigos que me quieren y al igual que yo tienen sueños y esperanzas y que lucharán para lograr que pueda revivir.

Bueno, no te entretengo más, solo te voy a decir que esta historia es real. Yo existo y vivo en la Ruta 5, pasando Mercedes, Provincia de Buenos Aires.

Espero que nos veamos, en mi próxima inauguración, con fe.

Tercera Mención - Cuento

Monona y Barbarita

Gustavo Ramón Fernández
Delegación Defensoría del Pueblo

En un campo muy grande, llano y lleno de pastizales verduzcos, Quica pasaba sus días entre siestas y corridas. Corría para lavarse la cara y los pequeños dientes. Corría para sentarse a la mesa y ganarles a sus hermanas, así podía esperar primera el desayuno o la leche con torta frita de la tarde. Corría para ir a buscar los chivos y las vacas, y los petisos que se escapaban para pastar un poco más lejos. Y corría por correr. Por eso, su mamá, Amelia, le pedía que parara. Pero ella sólo paraba para lavarse las manos y seguir corriendo. Amelia sólo la frenaba en la siesta, porque siempre le recordaba que el Pombero salía al campo después del almuerzo. Y eso hacía que Quica mirara impaciente el viejo reloj que la autorizaba a recomenzar a las cinco de la tarde, la doble jornada de risas y corridas.

A Quica también le gustaba jugar con las muñecas. Pero a ciencia cierta, Quica no sabía cómo eran las muñecas.

Monona era su preferida. Hecha de trapos zurcidos entre sí que le daban una forma parecida a las muñecas. Con vestido floreado, un zapato, rulos de jean y ojos color botón. Monona se llamaba así, porque ese era el nombre de una señora muy elegante que llegaba en auto a la casa grande. También tenía a otra, Barbarita. Ésta ya no tenía formas tan definidas, pero sí un lindo sombrero amarillo que llegó, no se sabe cómo, de una vieja muñeca de verdad al patio de su pequeño hogar.

Desde esa casa grande, también salían risas. Un poco más controladas por algún que otro grito que pedía por favor. No había tantas corridas, pero sí muchos juguetes: trenes, autos nuevos de chapa, autos nuevos a fricción, lanchas, pelotas y muñecas. Muchas. Ya parecía una ciudad.

Los juguetes jugaban. No se quedaban tranquilos. Los chicos del dueño de la casa grande, el Patrón como lo llamaba mamá Amelia, paseaban con gusto con cada uno, pero sin correr.

Los chicos reían con Quica y sus hermanas. Jugaban con Monona, Barbarita, las lanchas, las pelotas y los autos nuevos. Monona conocía todas las estaciones de tren imaginarias entre Esquina y Corrientes Capital. Sabía que pasaba por Goya, Lavalle, San Roque, Bella Vista, Saladas y Empedrado.

Barbarita dialogaba tímidamente con la muñeca Marilú, que hacía feliz a la nena de la casa grande, que se llamaba Bárbara, el mismo nombre que se leía en el cartel que estaba a diez minutos de la entrada de la casa grande: estancia Santa Bárbara. La casi muñeca de sombrero amarillo también paseaba en los autos último modelo y cocinaba ricas tortas en un horno rosa y blanco.

La parte de atrás de la casa chiquita de Quica se usaba como espacio de descarga. Los chicos del dueño de la casa grande iban y venían sin parar. Hasta allí no llegaban los gritos pidiendo por favor. Sólo había risas y corridas. Charlas, sueños, historias, Pomberos y Hombres de la Bolsa.

Hasta que un día, en un caluroso diciembre, llegó el cartero. Mamá Amelia estaba separando las vacas y los chivos que se perderían las fiestas navideñas, pero sin los cuales todo sería un fracaso.

–¡Baé parico, Doña Amelia!, escuchó.

–¡Buen día, m´hijo!, respondió.

–Doña Amelia, acá le traigo uno papeles para que pueda ir a buscar juguetes para sus hijas.

–¡Gracias, m´hijo! ¿Pero quién los manda?

–¡Evita, Doña Amelia, Evita!

El camino se hacía interminable. No sólo porque la camioneta rural iba de un lado para el otro en la ruta polvorienta, sino también porque la ansiedad pegaba de lleno en los menudos pasajeros. Los veintidós kilómetros que separaban la estancia Santa Bárbara del pueblo fueron demasiado largos de transitar.

Iban todos. Quica y sus hermanas y Bárbara y sus hermanos. Manejaba el dueño de la casa grande. En su cartera tenía guardados los papeles que le había confiado Mamá Amelia. Nadie sospechaba con qué se encontrarían en la oficina postal.

Cuando llegaron al pueblo, corrieron sin freno. No hubo gritos ni parates. Había risas y saltos. Pantalones cortos arrugados y moños que dejaban de ser moños, porque el viento jugueteaba con ellos.

Y ahí estaban. Mirando a sus futuros compañeros. Quica no dudó y pidió la muñeca más grande y más parecida a una muñeca. "Cielito" se llamaba. También fichó una bicicleta para sus hermanas y otra muñeca y un autito de chapa para los hijos del dueño de la casa grande.

Afuera siguieron las carreras. Pequeñas cuadreras que llevaban corceles de metal con jinetes inventados. Todos contra todos. En otra vereda comenzaron las recetas mágicas que iban desde platos fríos hasta postres. Todos volvieron felices.

El regreso fue un descanso ideal. Cada uno, abrazado a su regalo. "Ellos sí son unos privilegiados", le dijo el dueño de la casa grande a Mamá Amelia. "Todos", contestó ella.

La noche los mimó hasta que la inocencia perdió su hiato.

Pasaron varios años y Quica, convertida ya en María Luisa, una joven adulta que había dejado atrás una infancia sin resentimiento ni desazón. María Luisa ya estaba lejos, a muchos kilómetros y ciudades de su casa, tratando de armar su vida. Con ideas claras y sueños concretos.

Fregaba, planchaba, cosía, lustraba, limpiaba, baldeaba, zurcía, cantaba, arropaba, cocinaba, y realizaba todo lo que se debía hacer en una casa, pero no era su casa. Ella sabía que todo esto era para encontrar un lugar en su nuevo mundo junto con su compañero y salir de esa casa chiquita, que estaba rodeada de casas más chiquitas, pero con mucha más gente en su interior.

Así pasaban los días, hasta que una noche María Luisa notó que su patrón, muy distinto a aquel dueño de la casa grande de su infancia, salió raudo sin saludar. Era un marino que había vuelto a su barco. Un barco que decían que era grande. Que estaba en Mar del Plata y que tenía que zarpar. Pensó que era un berrinche más de ese patrón malhumorado y siguió durmiendo.

Ya temprano preparó el desayuno para todos. Recogió los platos de la cena. Acomodó la ropa y preparó el mate amargo para compartir con su patrona. La leche de los chicos estaba lista. Pero su patrona daba vueltas. No bajaba ni llamaba. Se dijo que tal vez era por lo gritos que se habían escuchado antes que se fuera el patrón. Como siempre era igual, no pensó en nada. María Luisa esperó, hasta que se acercó a la puerta y preguntó. "Hoy no, hoy no van", escuchó entre sollozos. "¿Por qué?", curioseó. "¡Hoy voltean a Perón!", fue el grito.

En ese instante, Quica recordó a Monona, Barbarita, Bárbara, el cartero, Marilú, Cielito, Mamá Amelia y al dueño de la casa grande. María Luisa no dudó y se fue. Saltó, se vistió y salió a la calle, sin decirle nada a esa familia, cuyos miembros se habían transformado en extraños.

Y corrió, y corrió y corrió. Mucho. Como lo hacía antes. Ya sin tantas sonrisas y sin complicidades. Tratando de encontrar a su compañero en algún lugar de la ciudad. Buscaba sin cesar alguna cara que le diera una respuesta o tan siquiera una pregunta. Corrió y gritó, tanto que algunos llegaron a entender lo que decía.

Así fue como María Luisa llegó a su casa chiquita, que estaba rodeada de casas más chiquitas pero con mucha más gente en su interior, justo cuando vio pasar una flota de aviones y pensó que se trataba de los buenos, que venían a salvar a Perón, porque los malos como su patrón viajaban en barco.

Desde ese día, María Luisa ya no cree ni en buenos ni en malos. Ni siquiera volvió la casa de su patrona y el marino malhumorado a buscar la paga que la acercaría a sus ideas claras y sus sueños concretos. Entendió que le fulminaron su historia, así como la de muchos otros que durante varias navidades habían podido ser un poco más felices que antes. Corre y corre tratando de encontrar a esa Quica que sigue jugando con las muñecas y las bicicletas que le regalaron aquella tarde entre moños y pantalones cortos.

Mención del Jurado - Cuento

Floreal Avellaneda, el nieto del río

Numa Atahualpa Fernández
Delegación Min. Desarrollo Social

Floreal Avellaneda era hijo del Movimiento Obrero y su madre la Rivera Rosarina que lo tuvo el 14 de mayo de 1960.

Con el tiempo, el niño se convirtió en un joven soñador que navegó entre las ideas de la igualdad y la justicia.

Los saurios de la noche de la época más oscura de nuestro país, que aturdían y aterraban a la gente, se lo llevaron un mes antes de sus 16.

Fue llevado en un gran terodáctilo oscuro de metal hacia el Río de La Plata, desconociendo los saurios que el río era su abuelo.

El abuelo es un gigante marrón acuático que estaba enfurecido con los saurios que lo mataron. Su ira se transformó en una gran ola inundadora que ahogó a los hijos de los saurios.

A Floreal, el abuelo platense lo devolvió en una ola cálida, protegido de las tormentas de sudestada, en el día de su cumpleaños del 76 para que tuviera un sueño eterno en el puerto de Montevideo.

CATEGORÍA POESÍA

I
Primer Premio - Poesía
Título de la obra: "Presencia"
Autor: Maximiliano Díaz
Delegación Desarrollo Social

II
Segundo Premio - Poesía
Título de la obra: "Un tren"
Autor: Daniel Vigano
Delegación ANSES

III
Tercer Premio - Poesía
Título de la obra: "Tu figura"
Autora: María del Carmen Barcia
Delegación ENACOM

IV
Primera Mención Especial - Poesía
Título de la obra: "Evita, sobre el adiós"
Autor: Claudio Hernández
Delegación Min. Interior

V
Segunda Mención Especial - Poesía
Título de la obra: "De Eva a Juana"
Autora: Sandra Condori Mamani
Delegación Min. Desarrollo Social

Jurados

Emilio Herrera

Cecilia Romana

Verónica Ruscio

Primer Premio - Poesía

Presencia

Maximiliano Díaz
Delegación Desarrollo Social

Verdad que no recuerdo
cómo te conocí
Ya no sé si fueron
los viejos
que te invitaron a pasar
o si fue en un cuento o en una anécdota

O quizás por alguna foto polvorienta
de esas que se guardaban
a escondidas
en silencioso secreto

Pero tal vez no
tal vez no fuera el viejo ni la vieja
quienes te trajeron
(por temor o por cuidado
o por la simple persistencia de la muerte)

Quizás haya sido yo
quien te encontró
en una calle
Y no digo que saliera a buscarte
Eso no

Seguro
(Hoy entiendo que
nunca salgo a buscarte
pero salgo sabiendo
que me vas a encontrar)
porque vos
como el tango
en algún lugar nos estabas esperando
siempre

En fin
ya no recuerdo
cómo llegaste a casa
pero no me importa
lo que importa
es que el miedo ya se fue
y la muerte también se fue
y eso se refleja en la sonrisa de mis viejos
que desempolvaron tu foto y sus sueños
y en sus canciones
y ellos prenden velas junto a tu foto
y a la foto de mi hermano

Ahora tu nombre ya suena en casa
y nombrarte le pone nombre a muchas cosas
a los deseos y proyectos
a los sueños y las esperanzas
y también
a la bronca
a nuestro odio
a la furia y a las lágrimas
al puño y a la piedra

Tu nombre
le pone el nombre a los amigos
y a los enemigos
(Por Cristo conocimos a Pedro
y a los mercaderes del templo)

Ahora la casa desborda
después de todo no viniste sola
con vos volvieron los antiguos y los ausentes
y andan por la casa
en las historias que nos contamos cada noche
después de la cena
Anda el gaucho viejo que abonó la tierra
el mecánico que se engrasa en la fábrica
la mujer que parió cinco veces sola
y sola sacó adelante a los suyos
el cura de la villa
y mi hermano

Y la vieja los ve y les habla
(Y les cuenta de nosotros
de vos de mí del viejo y de la casa)

Y dice la vieja
que los ve y los escucha
que se ríen al fin
y que ellos también
están felices con tu presencia

Segundo Premio - Poesía

Un tren

Daniel Vigano
Delegación ANSES

Un tren
De noche
Transita, se mueve
Pasan los pueblos y la gente
Un hombre
Del pueblo
Se escapa, se aquieta
Los puentes y los cambios
Una ciudad
Se apaga, se cierra
Sube, se calla
Pasan sabuesos, policías, chacales
Un tren
Sigue, se escapa, un pueblo
Lo cuida, se cuidan
Al hombre
Un tren
Sigue, se para, se baja
La noche
Lo traga, lo acuna, lo salva
Un pueblo, un tren, la madrugada, la calma
Respira Agustín

Libertad Tosco
Llega y se apaga
Sigue su vida
Y vuela en libertad

Tercer Premio - Poesía

Tu figura

María del Carmen Barcia
Delegación ENACOM

Surgiste de la nada. Y tu figura
Crecía a la par que te entregabas
A la razón de tu vida: soñabas
Con sacarle al negrito la amargura

Nunca te perdonaron la insolencia;
tu férrea voluntad avasallaba
a la clase que altiva dominaba
acallando al grasita su conciencia

Despreciaban tu porte de altanera
Odiaban que fueras decidida
Y que a tu paso fueras aplaudida

Un pueblo agradecido te venera
Y hoy a cien años de nacida
La esperanza lloró con tu partida.

Primera Mención Especial - Poesía

Evita, sobre el adiós

Claudio Hernández
Delegación Min. Interior

Estoy aquí, sola,
no importa el lugar,
sola y amparada, sola y vigilada,
tan cerca como aislada,
sintiendo el amor de millones de "Grasitas",
percibiendo el odio atroz de otra jauría cruel
hambrienta de venganza.

Aquí estoy, sola,
casi como el Quijote
sola con mi circunstancia,
infranqueable circunstancia de desenlace inevitable,
y sola en este desarraigo involuntario
resido en un cuerpo exhausto,
un pobre cuerpo que ya no me obedece
abatido en el fragor de la exigencia diaria,
consternado en este deterioro implacable,
profundo y adormecedor.

Sufro entonces en un silencio casi perfecto,
quebrado apenas por el retumbo incesante de tambores militantes,
descamisados tambores que suavemente se amalgaman
mitigando en su cadencia marcial este tormento
y acompañan los latidos del adiós.

¿Adiós?
Mi mente, rebelde, se pregunta, ¿cuál Adiós?
Pero…¿existe un adiós?
¿Tengo derecho a decir Adiós?
¿Y qué de los enfermos?
…¿y qué de los que sufren?
…¿de los que son puros de corazón?
¿Qué del enemigo eterno?
de los traidores de adentro y de afuera,
de los que se venden por cuatro monedas
la bota oligarca, los sapos y ruiseñores.
Qué del ladrillo peronista, la lucha y el arco iris,
Qué de todo esto y tanto más…¡Qué!

Venciendo apenas este sopor que me inunda
entonces, me alzo, lavo mis manos, mi rostro,
y mirándome al espejo pienso…
ya falta poco… ¿poco para qué? … ¿poco para
quién? y al compás latente de los parches
me atraviesa lacerante la respuesta,
El adiós, …y cuál…¿cuál adiós?

Porque existen distintas clases de adioses.
Adiós a la infancia, a la escuela, a la inocencia
a un trabajo, un lugar, a una ilusión.
Adiós a un ser querido, a un Amor
y tantos, tantos otros adioses.
Pero acaso el más grande y profundo,
el más sórdido y contradictorio y aún así indiscutible,
es el propio adiós a la vida.
El único que puede concebirse en absoluta soledad,
de una manera especial, quizás impensada,
consciente o no.

El adiós a la vida es necesario, forzoso, inexcusable.
Justo, pero jamás aceptado.
Es el instante final de nuestros sentidos.
El abandono entre los abandonos.
Es el último de cada uno de nuestros momentos,
donde lo que "Es" pasa a ser "Fue",
donde lo que existe deviene en existió.

El adiós a la vida es un extraño adiós,
es el durante de un antes sin después
que se rompe y jamás se reintegra,
y aún cuando no es el más doloroso,
es personal, singular, definitivo,
inevitable e inextirpable.
Es el silencio primordial,
la despedida
Es el Adiós a mi vida, Juan,
Es mi Adiós.

Segunda Mención Especial - Poesía

De Eva a Juana

Sandra Condori Mamani
Delegación Min. Desarrollo Social

Corren, corren y corren,
como hormigas incorrectas,
se juntan y la levantan.
Invaden y desbordan,
abrigan el consuelo,
les galopa el duelo eterno.

Sucumbe el miedo,
se clava la sombra,
¿por qué tan pequeña
y tan acechada?,
pregunta, ella[1],
que le falta hasta los dientes.
La "cualquiera" huele a pueblo.

[1] Escena recreada de un testimonio sobre diálogos con EVA y el pueblo.

Corren, corren y corren,
como hormigas incorrectas,
se juntan y la levantan.
Se acerca, ella, con
sus trenzas negras, ni sumisa, ni calladita,
hormiga incorrecta.

Se arropa,
envuelve sus trenzas,
su pollera es su defensa,
un cóndor se posa en su hombro,
le avisa que se aproximan,
ellos, carroñeros hambrientos,
¿por qué tan pequeña
y tan acechada?,
se pregunta, ella,
clava con su sable, el horizonte.
La "india" huele a independencias y praderas.

Corren, corren y corren,
como hormigas incorrectas,
se juntan y se levantan.
Las calles galopan,
las fábricas se echan a andar,
los ferrocarriles enfilan trenes.
Las zapatillas, envuelven pies descalzos,
unas bicicletas buscan quien los lleve.

Crecen escuelas que acobijan sonrisas,
las máquinas de coser, motorizan
y el beso encuentra valientes.

Pequeña y erguida,
agita sus manos y canta:
"sintiendo jubilosamente,
que me tiemblan las manos,
al contacto del laurel
que me proclama la victoria.
¡Aquí está! ¡hermanas mías!.
Resumida en la letra apretada,
de pocos artículos.
Una historia larga de luchas,
de tropiezos y esperanzas."[2]

Ocupan hormigas.
Obreras y empleadas.
Jubiladas y enfermeras.
La "cualquiera" transforma el amor en Derechos.

Corren, corren y corren,
como hormigas incorrectas,
se juntan y se levantan.

Los ríos forman el cauce,
"Virreynan", ellos,
en estas tierras ancestras,
(esas manos sangrientas),

la teniente-generala,
con su sable les canta:
"La propuesta de dinero
y otros intereses
sólo debería hacerse

[2] Fragmento del discurso de Eva Duarte por el voto femenino, Ley 13.010, en 1947.

a los infames
que pelean
por mantener la esclavitud,
más no a los que defendían
su dulce libertad."[3]
Ocupan hormigas,
circulan en calles.
ellas con sus polleras y awayus,
ama sua, ama llulla, ama quella[4],
tienen partidas de nacimientos.

Ocupan hormigas.
También son,
obreras y empleadas.
La "india" transforma el amor en Independencia.

Corren, corren y corren,
como hormigas incorrectas,
se juntan y se levantan.

Por los rincones del conurbano,
territorios del interior,
ya no son *desposeídos*.
Al calor de su lengua afirma:
"Yo no valgo por lo que soy,
ni por lo que tengo,
yo tengo una sola cosa que vale,
la tengo en mi corazón".[5]

---

[3] Palabras de Juana Azurduy cuando un coronel español intenta sobornar a Padilla (su esposo).

[4] No seas ladrón, no seas flojo, no seas mentiroso (principios aymara declaradas por la ONU para la gestión pública, 2015).

[5] Discurso de Eva Duarte.

Flamea la grandeza.
La "cualquiera" transforma la sombría perdición,
la "cualquiera" es pueblo y convicción.

Corren, corren y corren,
como hormigas incorrectas,
se juntan y se levantan.

Sacuden las tierras,
(monarcas y racistas).
Rebeliones cosen las mantas.

Sus dedos punzantes claman:
"Le mentiría si no le dijera
que me siento triste
cuando pregunto y no los veo,
por Camargo, Polanco, Guallparrimachi,
Serna, Cumbay, Cueto, Zárate
y todas las mujeres que a caballo,
hacíamos respetar
nuestra conciencia de libertad.
No me anima ninguna revancha
ni resentimiento,
sólo la tristeza de no ver a mi gente
para compartir este momento,
la alegría de conocer a Sucre y Bolívar,
y tener el honor de leer lo que me escribe".[6]

La "india" transforma, advierte ninguneo.
La "india" se inscribe en el amor
y transpira la Patria Grande.

[6] Carta de Juana Azurduy a Manuela Saénz, diciembre de 1825.

Corren, corren y corren,
como hormigas incorrectas,
se juntan y se levantan.

Chuquisaca[7] y Coliqueo[8],
aparecen en un mismo horizonte.

Las indias, campesinas, y cabecitas,
sienten la independencia y libertad.
En la sangre y el pueblo,
en la Patria Grande,
se escribe Justicia Social.

[7] Lugar de nacimiento de Juana Azurduy.

[8] Lugar mapuche, donde naciera Eva Duarte (Nacida en pleno campo, en una zona poblada por una comunidad mapuche conocida como la "Tribu de Coliqueo" en homenaje al reconocido cacique, según se sabe la familia convivió en buenas relaciones con los integrantes de la comunidad originaria. Por eso mismo la madre de Eva fue asistida en el parto por la comadre mapuche Juana Rawson de Guayquil. En http://lostoldosdecoliqueo.blogspot.com/p/eva-peron.html)

Diseño e Impresión: Secretaría de Publicaciones e Impresión de UPCN
Seccional Trabajador@s Públicos Nacionales y del GCBA
Marzo 2020

Concursos Participativos 2019

Categoría *Cuento*

Iván Guede Santos • Lucas Yánez • Sergio Soto

Claudia Beatriz Silvo • Marcelo Scanu

Nicolás Alberto Ballester • Alicia Coscia

Gustavo Ramón Fernández • Numa Atahualpa Fernández

Categoría *Poesía*

Maximiliano Díaz • Daniel Vigano

María del Carmen Barcia • Claudio Hernández

Sandra Condori Mamani

ISBN 978-987-1506-39-2

9 789871 506392

COLECCIÓN
UPCN EN LAS LETRAS

UPCN
UNIÓN DEL PERSONAL CIVIL DE LA NACIÓN